

—Precisamente,—insistió el tío Absinto, —quería vengarse de él.—Le acusaba de haberle tendido una emboscada... La desgracia es que la agonía le cortó la palabra...
Lecoq callaba. El comisario de policía le había dado la carta, y la estudiaba con minuciosa atención.
El papel era ordinario y la tinta azul. En uno de los ángulos había un timbre medio borrado, no pudiéndose distinguir más que este nombre: Beaumarchais.
Esto era bastante para Lecoq.
—Esta carta, pensaba, se ha escrito en un café del *boulevard* Beaumarchais... ¿En cuál? ya lo sabré, porque hace falta encontrar á este Lachenaur.
En tanto que, reunidos al rededor del comisario, deliberaban los empleados de la prefectura, los médicos abordaban la parte delicada y verdaderamente penosa de su obra.
Con la ayuda del tío Absinto desmenuaron al falso soldado, é inclinados sobre su cadáver, como los estudiantes de anatomía, con los brazos remangados, le examinaban, inspeccionándolo, y le evaluaban físicamente.
Con mucho gusto el médico artista hubiese omitido las formalidades ridículas, según él, é inútiles; pero el viejo tenía de la misión del médico legista una opinión demasiado elevada para descuidar ni el más pequeño detalle.
Minuciosamente, con la más escrupulosa exactitud, anotaba la talla del muerto, su edad probable, la naturaleza de su

— 93 —

— 96 —
¿Porqué habían sido aquellos individuos accesibles á un miedo tan grande?
¿Guardarían ellos, como el otro, el secreto de su identidad?
El primero que los doctores examinaron había pasado ya de los cincuenta años. Sus cabellos eran raros y grises, y llevaba solo perilla, roja y fuerte, que le cubría la barba, bastante pronunciada.
Hallábase miserablemente vestido con un pantalon que caía sobre sus botas destrozadas, y una blusa de lana negra, toda manchada.
El viejo doctor dijo que aquel hombre había sido muerto de un tiro á quemarropa; la anchura de la herida la ausencia de sangre en sus bordes, la piel contraída, ennegrecida y quemada; lo demostraban con una precisión matemática.
La enorme diferencia de las heridas de armas de fuego, según la distancia, saltó á los ojos cuando los médicos comenzaron á hacer la autopsia del último de estos dos desgraciados.
La bala que le ocasionó la muerte había sido disparada á más de un metro de distancia, y su herida no tenía el aspecto horrible de la del otro.
Este, más jóven, lo ménos 15 años, que su compañero, era pequeño, rochoncho y notablemente débil.
Su cara aniñada estaba picada de viruelas.
Su traje era el de los peores merodeadores de las barreras. Llevaba un pantalon gris de cuadros y una blusa abierta

— 92 —
En el bolsillo izquierdo, un portamonedas de cuero grasiento en forma de cartera, que contenía siete francos y setenta céntimos, y un pañuelo de bolsillo, de hilo, bastante limpio y sin marca.
!Y nada más...!
El comisario se aligita, cuando, revolviendo en el porta monedas, descubrió un compartimiento que se le había escapado antes porque se disimulaba bajo un repliegue del cuero de la cartera.
En este compartimiento había un papel cuidadosamente doblado, papel que desplegó el comisario, leyendo en alta voz lo siguiente:
«Mi querido Gustavo:
«Mañana, domingo, por la noche, no faltes al baile del «Arco iris», según lo convenido entre nosotros. Si no tienes dinero, pasa por mi casa, que ya le dejaré encargado al conserje que te lo entregue.»
«Esta allí á las ocho. Si yo no hubiese llegado, no tardaré en aparecer. Todo va bien.—LACHENUR.»
!Qué indicaba esta carta! Qué el muerto se llamaba Gustavo, que estaba en relaciones con Lachenaur, el cual le adelantaba dinero para un cierto asunto, y que se habían encontrado en el «Arco iris» algunas horas antes del crimen.
!Esto era muy poco...! Era algo, sin embargo, un indicio: en timblias tan ab-solutas, basta algunas veces para guiarse el resplandor más débil.
—Lachenaur...!—murmuró Gervol;—el pobre diablo pronunciaba este nombre en su agonía...

— 92 —

— 88 —
—¿Qué uniforme es el que lleva?—continuó el comisario.
—El del regimiento de línea, número 53, segundo batallon, compañía de cazadores.
—¿Le reconocéis?
—Nó.
—¿Estáis seguro que no pertenece á vuestro regimiento?
—Eso no lo puedo afirmar; hay un depósito de quintos que no he visto nunca. Pero estoy dispuesto á firmar que no ha formado nunca parte del segundo batallon, que es el mio, y de la compañía de cazadores, de la que soy sargento primero.
Lecoq, que permaneció retirado hasta entonces, se aproximó.
—Acaso no estaría demás,—dijo,—ver el número de las ropas de ese hombre.
—La idea es buena,—exclamó el sargento.
—Aquí está su *kepis*,—añadió el jóven agente,—que lleva en el forro el número 3129.
Siguióse el consejo de Lecoq, y se reconoció que cada una de las ropas de aquel desdichado tenía número diferente.
—¡Pardiez!—murmuró el sargento,—tiene de todos los números... ¡Es bien singular esto...!
Invitado á comprobar escrupulosamente sus afirmaciones, el bravo militar redobló la atención, reuniendo en un esfuerzo todas sus facultades intelectuales.
—¡A fé mia...!—dijo por último,—apostaría mis galones á que no ha sido nunca militar. Este individuo debe ser un pai-

Lecoq.

12

pantalon una pipa de madera y fosforos.

Estos eran: en el bolsillo derecho del pantalón una pipa de madera y fosforos. contraba.

minuciosa de todos los objetos que en su proceso verbal, es decir, la descripción

Mientras registraba dictaba a un agente desconocido.

ba cualquiera para la identidad de aquel esta operación, esperaba obtener una prueba, que se encargó por sí mismo de poner al falso soldado, y el comisario de poner

Habia llegado el momento de registrar de sus declaraciones.

el juez de instrucción tendría necesidad de prevenirse antes que probablemente

distancia la autorización para retirarse, minado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

Lejos o cerca, el incidente estaba terminado. El sargento recibió con gran satisfacción

— 91 —

sano que se habrá disfrazado por broma con motivo de ser domingo de Carnaval.

—En qué reconocéis eso...?

—Diantre...!lo siento mejor, que lo explico. Lo reconozco en sus cabellos, en sus uñas, en su aire, en un no sé qué, en fin, en todo y en nada. Y mirad, el pobre diablo no sabía calzarse, porque se ha puesto cambiados los zapatos.

Después de este testimonio que venía á confirmar la primera observacion de Lecoq, no era posible la duda.

—Sin embargo,—insistió el comisario,—si este individuo es un paisano, ¿cómo se ha procurado esas ropas? ¿Acaso las habrá pedido á algun soldado de vuestra compañía?

—Puede ser cierto... Pero es difícil de suponer.

—¿Es por lo menos posible el comprobarlo?

—Oh, muy bien! No tengo más que volver al cuartel y ordenar una revista escrupulosa.

—En efecto,—dijo el comisario,—el medio es bueno.

Pero Lecoq acababa de pensar en uno tan concluyente y más rápido.

—Una palabra, sargento,—dijo.—¿Los regimientos no venden de tiempo en tiempo en subasta pública los efectos que no valen para el servicio?

—Sí... Todos los años, una vez por lo menos, después de la inspección.

—¿Y no se hace una señal á las ropas que se venden de esa manera?

—Sí.

— 90 —

y el momento en que Lecoq vio por la

tante en que la ronda oyó el primer grito

Todo se había realizado entre el ins-

debió haber sido excesivamente corta?

No era desde entonces evidente que

aquella lucha, tan encarnizada como mortal,

nada.

del cuerpo lesion, contusion ni arañazo;

médicos no hallaron en ninguna otra parte

dumbre absoluta, sin contar con que los

lo, daba á estas conclusiones una certi-

has y en gran número, alrededor del cue-

La presencia de equimosis, muy peque-

chacado la cabeza contra la pared.

adversario por el cuello, le hubiese ma-

mal, y que este último, cogiendo á su

cuerpo entre el falso soldado y el cri-

que hubiese habido una lucha cuerpo á

Era preciso, pues, de toda necesidad,

rida de aquella especie.

armas bastante fuerte para producir una he-

Además, no se habían encontrado más

extension.

contra un cuerpo muy duro y de cierta

ó por un choque violento de la cabeza

mento contundente de superficie ancha,

decían, más que por la acción de un instru-

cráneo, que no había podido ser producida,

certificaron una fractura en la parte del

Lecoq había visto bien. Los doctores

rida.

En seguida pasaron al examen de la he-

sistema muscular.

su gordura y el desenvolvimiento de su

de sus cabellos, detallando el estado de

temperamento, y el color y la longitud

— 94 —

— 95 —

abertura de la ventana caer á la víctima.

El examen de los otros dos individuos muertos exigía precauciones muy diferentes, si no tan grandes.

La posición de los cadáveres no se había variado; permanecían estos atravesados cerca de la chimenea como habían caído, y sus actitudes debían suministrar elementos preciosos.

Al ver los dos cadáveres, la primera idea era que la muerte había sido instantánea.

Los dos se hallaban tendidos boca arriba, con las piernas extendidas y las manos extraordinariamente abiertas.

Nada de crispaciones ni de contorsiones de músculos, ninguna señal de combate: habían sido como muertos por el rayo.

Sus fisonomías expresaban el espanto que llega hasta el paroxismo, lo que debía hacer suponer, admitida la opinión de Duvergé, que el último sentimiento de su existencia había sido, no la cólera y el odio, sino el terror...

Así,—decía el viejo doctor,—me creó autorizado para imaginar que han debido quedar estupefactos por algun espectáculo absolutamente imprevisto, extraño, horrible... Esta expresión de terror solo la he visto una vez, en la cara de una valiente mujer, muerta súbitamente del sobrecoimiento que experimentó al ver entrar á un vecino que se había disfrazado de fantasma para darle una broma.

Lecoq bebía, por decirlo así, las explicaciones del médico, y pretendía ajustarlas á las vagas hipótesis que surgían del fondo de su pensamiento.

